

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la casa de Paje.

Sale la señora PAJE con una carta.

SRA. PAJE. ¿Qué? ¿Me he librado de estas misivas de amor durante la primavera de mi hermosura para verme hoy convertida en blanco de sus ataques? Veamos. *(Lee.)*

«No me preguntéis la razón por qué os amo; pues aunque el amor suele valerse de la razón como médico, no lo admite nunca por consejero. Vos no sois joven, ni yo tampoco; me parece que en eso hay simpatía. Vos sois alegre; yo lo soy también. ¡Ah já! ved, en eso hay aún más simpatía. Os gusta el vino de Canarias; yo me muero por él. ¿Pudierais desear más simpatía? Que te baste, señora Paje (si es que el amor de un soldado pueda bastarte), el saber que te amo. No te diré que te apiades de mí: es frase impropia de un soldado; pero sí que me quieras.

Tu firme, sincero,
Léal caballero,
Dispuesto, alma mía,

De noche y de día
A hacer con su acero
Alarde de brio
Por tí, dueño mio,

JUAN FALSTAFF.»

¡Qué Herodes de Judea es éste? ¡Oh, pérfido, perfido mundo! Un viejo, gastado y casi derrenegado por los años, arrogarse los aires de un joven galán! ¡Qué liviandad habrá podido notar en mí, para atreverseme de esta suerte? ¡Apenas ha estado tres veces en mi compañía! ¡Qué le habré podido decir? Por cierto que fui entonces muy parca de mi alegría. ¡Dios me perdone! ¡Juro que he de presentar una propuesta de ley al Parlamento para la expulsión de los hombres! ¡Cómo vengarme de él? Y he de vengarme ¡oh, sí! tan seguro como están hechas de pudín sus tripas.

Sale la señora VADO.

- SRA. VADO. ¡Señora Paje! Créeme, amiga, que iba á tu casa.
- SRA. PAJE. Y cree también que iba yo á la tuya. Tienes mala cara.
- SRA. VADO. No lograrás convencerme de eso; tengo pruebas de lo contrario.
- SRA. PAJE. Pues á mí me parece que sí.
- SRA. VADO. Pues entonces será verdad; pero te aseguro que tengo pruebas de lo contrario.
- ¡Oh, amiga! ayúdame con tus consejos.
- SRA. PAJE. ¡Qué sucede, mujer?
- SRA. VADO. ¡Oh, amiga! si no lo impidiera un ligero estorbo, podría alcanzar una gran merced.
- SRA. PAJE. ¡Al diablo el estorbo! y admite la merced. ¿Qué es ello? No hagas caso de estorbos.
- ¡Qué es ello?
- SRA. VADO. Si quisiera condenarme al infierno

por un momento eterno, ó cosa así, podría verme armada caballero.

SRA. PAJE. ¡Qué dices? ¡Mentira! ¡El caballero doña Alicia Vado! Esa caballería es fruslería, y por lo tanto harás mejor en no mudar de condición social.

SRA. VADO. No nos entendemos. Toma, lee, lee, y verás cómo podría ingresar en la caballería. Pensaré todo el mal posible de los hombres gordos, mientras me queden ojos para juzgar del parecido de los hombres. Y sin embargo, se portaba como persona decente; no renegaba, elogiaba la modestia en las mujeres; y habló con tanto y tan juicioso desprecio de todo lo que oliera á liviandad, que hubiera jurado que su conducta correspondía á la sensatez de sus palabras; y veo que mejor que ésta y aquella concuerdan la letanía y el aire de un bolero. ¡Qué tormenta nos ha arrojado á tierra en Windsor á esta ballena con tantas toneladas de aceite en su panza? ¡Cómo vengarme de él? Creo que la manera mejor será entretenerle con esperanzas, hasta que el fuego maldito de la lujuria le derrita en su propia grasa. ¿Has oído en tu vida cosa igual?

SRA. VADO. Idénticas, letra por letra, con la única diferencia de los nombres Paje y Vado. Para que te sirva de consuelo en medio de este cúmulo de liviandades, mira aquí la hermana melliza de tu carta; pero herede la tuya primero; pues juro que la mía no heredará nunca. Estoy segura que tiene un millar de estas cartas, todas con un espacio en blanco para diferentes nombres, ó más, sin duda; y puede que éstas sean de la segunda edición. Las mandará imprimir, seguramente; pues será capaz de dar cualquier cosa á la prensa, cuando trata de ponernos á nosotras en prensa. Más quisiera

- ser una gigante y cargar con el monte Pelion. Ten por cierto que es más fácil dar con veinte tórtolos lascivos que con un hombre casto.
- SRA. VADO. Pues ésta es idéntica: la misma letra, las mismas palabras. ¡Qué se habrá figurado de nosotras!
- SRA. PAJE. A fe que no lo entiendo. Me dan ganas casi de regañar con mi propia honestidad. Habré de mirarme como una persona extraña á quien no conozco; pues ciertamente, como no haya descubierto en mi cierta condicion que me es completamente desconocida, jamás se hubiera atrevido á abor dame con esta furia.
- SRA. VADO. «¡Abordaje,» lo llamas? Yo estoy segura de no dejarle poner piés en cubierta.
- SRA. PAJE. Y yo tambien. Si llega á escurrirse bajo mis cuarteles, no volveré á hacerme á la mar jamás. Discurramos el modo de vengarnos de él. Démosle una cita; alentemos su amor con cierta esperanza ficticia, y no le soltemos de la mano, sino vámosle llevando y trayendo con dilaciones y aplazamientos bien urdidos, hasta que tenga que empeñar sus caballos con el posadero de la Jarretera.
- SRA. VADO. Sí, estoy dispuesta á jugarle cualquiera villanía que no fuere en desdoro de la pureza de nuestra honestidad. ¡Oh! si mi marido viese esta carta, daría pasto eterno á sus celos.
- SRA. PAJE. Mira donde viene, y mi marido tambien. El mio está tan léjos de tener celos de mí, como yo de dárselos; y creo que esa es una distancia inconmensurable.
- SRA. VADO. Tanto mayor será vuestra felicidad.
- SRA. PAJE. Vamos á celebrar un consejo de guerra contra este caballero grasiento.

(Se retiran.)

Salen VADO con PISTOL, y PAJE con NIM.

- VADO. Bien, espero que no será así.
- PIST. Corre tal vez cual galgo la esperanza, Sin rastro. A tu mujer don Juan aspira.
- VADO. Pero, hidalgo, mi mujer ya no es jóven.
- PIST. Corteja á baja y alta, á rica y pobre, A moza y vieja, Vado; una con otra; Le gustan barajadas. ¡Vado, alerta!
- VADO. ¡Amar á mi mujer?
- PIST. Con higuados de fuego. Evitalo, ó anda Como Acteon, acosado por los galgos. ¡Oh, la palabra es por demas odiosa!
- VADO. ¡Qué palabra?
- PIST. El cuerno, digo. ¡Adios! ¡Alerta vive! ¡Ojo al Cristo! de noche anda el gatera. ¡Alerta, pues! Mira no llegue Mayo, Y cante el cuco.—Ven, sargento Nim. Créele, buen Paje; es cierto lo que cuenta. (Vase.)
- VADO. ¡Paciencia! Ya lo averiguaremos.
- NIM. Y esto es verdad. A mi no me da la humorada por mentir. Me ha ultrajado en algunas humoradas. Quería que le llevara su carta humorosa; pero ciño espada, y cuando es menester sabe ella enseñar los dientes. Ama á vuestra mujer; ese es la *summa summarum* de mi relato. Me llamo el sargento Nim: sostengo lo que afirmo: es la verdad pura. Me llamo Nim, y Falstaff ama á vuestra mujer. Adios, no me gusta la humorada del pan y queso; y en eso estriba la humorada del asunto. Adios. (Vase.)
- PAJE. ¡La «humorada» dice? Hé aquí un mozo que se entretiene en trastornar el sentido del idioma.
- VADO. Buscaré á Falstaff.
- PAJE. En mi vida he visto picaro más gangoso y afectado.
- VADO. Si llego á descubrirlo... ¡ya!

PAJE. No creeré en lo que me dijera semejante mameluco, aunque el cura del pueblo me lo recomendase por honrado.

VADO. Parecía buen muchacho é inteligente. ¡Ya!

PAJE. ¡Hola, Margarita!

SRA. PAJE. (Adelantándose con la señora Vado.) ¡Adónde vas, Jorge? Escucha.

SRA. VADO. ¿Qué tal, querido esposo? ¿Por qué estás tan pensativo?

VADO. ¿Yo pensativo? ¡No estoy pensativo! ¡A casa!

SRA. VADO. Vamos, vamos; algun capricho te se habrá metido en esa cabeza. ¡Vámonos, amiga Margarita!

SRA. PAJE. Ya te sigo. ¿Vendrás á comer, Jorge? (Aparte á la señora Vado.) Mira quién viene. Ella será nuestra mensajera á ese galan impertinente.

SRA. VADO. A fe mía que pensaba en ella. Ella nos sacará del apuro.

Sale la DUEÑA SIEMPRELISTA.

SRA. PAJE. ¿Venís á ver á mi hija Ana?

DUEÑA. Sí, por cierto. ¿Y qué tal le va á la buena Anita, si os place?

SRA. PAJE. Venid con nosotras, y la vereis. Tenemos que charlar largo rato. (Váanse la señora Paje, la señora Vado y la Dueña.)

PAJE. ¿Qué os pasa, amigo Vado?

VADO. ¿Oiríais sin duda lo que me dijo aquel pícaro? ¿Lo oísteis?

PAJE. Sí. ¿Y vos oiríais también lo que me dijo el otro?

VADO. ¿Creéis que es verdad lo que afirman?

PAJE. ¡Mala landre les coma, tunantes! No creo que don Juan se atreva á tanto. Pero estos que le acusan de conspirar contra nuestra honra son un par de pícaros, á quienes acaba de des-

pedir; tunantes redomados, hoy que están sin acomodo.

VADO. ¿Eran criados suyos? ¡Hola!

PAJE. A fe que lo eran.

VADO. Eso me da todavía peor espina. ¿No pára en la Jarretera?

PAJE. Si tal, allí pára. Si se fuera con semejante embajada á mi mujer, no seré yo quien se lo impida: como logre otra cosa que malas razones, que me lo claven en la frente.

VADO. Yo no dudo de la fidelidad de mi mujer; pero, la verdad, no los dejaba á solas. El exceso de confianza en un marido es peligroso. Yo no quiero exponerme á que me claven nada en la frente. Esto no me gusta.

PAJE. Mirad dónde viene ese fanfarron del posadero de la Jarretera. O lleva vino en la mollera, ó dinero en el bolsillo, cuando viene tan risueño.

Sale el POSADERO.

¿Qué tal, querido posadero?

POSAD. ¿Cómo va ese valor, valenton mio? Tú eres un caballero. ¡Vamos, señor justicia de paz, vamos!

Sale POCOFONDO.

POCOF. Ya te sigo, posadero, ya te sigo. Mil veces buenas tardes, señor Paje. ¿Queréis venir con nosotros, señor Paje? Traemos una broma entre manos.

POSAD. Diselo, caballero justicia, diselo, valenton.

POCOF. Ello es que vamos á presenciar un desafío entre el señor Hugo Evans, el pastor galés y Caius, el médico francés.

VADO. Buen posadero, oid una palabra en secreto. (Se retiran á un lado.)

POSAD. ¿Qué me cuentas, Rodamonte?

POCOF. (A Paje.) ¿Queréis venir con nosotros á presenciario? Nuestro risueño amigo el posadero es el encargado de medirles las armas, y creo que les ha citado para lugares distintos; pues os aseguro que he oído decir que el pastor no gusta de bromas. Oid; os diré cuál va á ser nuestra diversion. (Hablan aparte.)

POSAD. ¿Tienes alguna queja contra mi caballero, mi caballero huésped?

VADO. Ninguna, lo juro; pero os enviaré una botella de Canarias si lograis presentarme á él bajo el nombre de Arroyo; por broma no más.

POSAD. Aquí está mi mano, Roldan. Tendrás libre entrada y salida. ¿Digo bien? Y tu nombre será Arroyo. ¿Vámonos, muchachos?

POCOF. Ya vamos, posadero.

PAJE. Me han asegurado que el francés es diestro esgrimidor.

POCOF. Cá, amigo; sobre eso hay mucho que hablar. En estos tiempos todo se vuelve posturas, quites, paradas, y qué sé yo. Corazon es lo que hace falta, señor Paje; esto, esto. Hubo un tiempo en que con mi espada de más de marca hacia yo brincar como ratones á cuatro moce-tones como gigantes.

POSAD. ¡Vivos, muchachos, vivos! ¿Vamos co-leando?

PAJE. En marcha, pues. Más quisiera verles reñir de palabra que con espada.

(Váanse el Posadero, Pocolondo y Paje.)

VADO. Por más que ese Paje sea un necio confiado, y se apoye con tanta seguridad en la flaqueza de su mujer, lo que es yo no puedo des-echer tan fácilmente mis sospechas. Estuvo con ella en casa de Paje, y Dios sabe qué pasa-

ria allí entre los dos. En fin, he de hacer averi-guaciones; con ese disfraz sondearé á Falstaff. Si la encuentro honrada, no es trabajo perdido; si resulta lo contrario, es trabajo bien em-pleado.

ESCENA II.

Un aposento del meson de la Jarreters.

Salen FALSTAFF y PISTOL.

FALS. No te quiero prestar ni un solo penique.

PIST. Entónces para mí será este mundo

Cual ostra, que abriré con esta espada.

FALS. Ni un penique. He consentido, tunante, en empeñar mi palabra más de una vez por tí; he molestado tres veces á mis mejores amigos por zafarte á tí y á tu compinche Nim de las garras de la justicia; de otra suerte hubiérais podido estar mirando por la reja como un par de monos gemelos. Estoy condenado á los infernos por haber jurado á amigos míos, personas de la primera sangre, que érais buenos soldados y gente brava; y cuando la señora Brigida perdió su abanico, juré por mi honra que tú no lo tenias.

PIST. ¿No te tocó tu parte, diez peniques?

FALS. Y con razon sobrada, gran picaro. ¿Crees tú que voy á exponer mi alma gratis? En una palabra, no te cuelgues de mis hombros; no soy ninguna horca para tí. Véte. Una navaja corta y un tropel de gente es todo lo que te hace falta. Véte á tu mansion de Pickt-hatch. Vé. ¿Conque te niegas á llevarme una carta, bribon? ¿Te escudas con tu honor, tú, vil com-puesto de bajeza? ¡Trabajo me cuesta á mí el conservar limpio de mancilla mi honor; yo,

yo mismo algunas veces, dejando á un lado el temor de Dios, y encubriendo mi honor con mi necesidad, sin reparar en escrúpulos, me veo precisado á hacer alguna trampa, á tender algun lazo, ó á armar alguna treta; y tú, vil bellaco, á pesar de tus harapos, tus miradas de gato montés, tus frases tabernarias y tus votos de arriero, te quieres amparar al abrigo de tu honor! ¿Conque no quieres hacerlo, eh?

PIST. Yo me arrepiento De un mortal, tirano,
¿Qué más puedes pedir?

Salte ROBIN.

ROB. Señor, aquí hay una mujer que os desea hablar.

FALS. Que se apropinque.

Salte la dueña SIEMPRELISTA.

DUEÑA. Buenos dias os dé Dios, hidalgo.

FALS. Buenos dias, buena mujer.

DUEÑA. No tanto, con perdon de vuesa merced.

FALS. Buena doncella, entónces.

DUEÑA. A fe que sí, tan doncella como mi madre cuando me parió.

FALS. Creo á la gente cuando jura. ¿Qué quieres de mí?

DUEÑA. Seré gustosa de decir una palabra á vuesa merced.

FALS. Dos mil, linda moza, y yo seré gustoso de oírlas.

DUEÑA. Hay una tal señora Vado, caballero... Os ruego que os acerqueis un poco más á este lado. Yo misma vivo con el doctor Caius...

FALS. Muy bien. Proseguid. La señora Vado, decid...

DUEÑA. Dice muy bien vuesa merced. Ruego á vuesa merced que se acerque un poco más á este lado.

FALS. Te aseguro que nadie nos escucha: es gente mia, gente mia.

DUEÑA. ¿De veras? Dios los bendiga y los haga sus siervos.

FALS. Bien, la señora Vado. ¿Y qué hay con eso?

DUEÑA. A fe, señor, que es una mujer honrada.

¡Ay, ay! ¡qué picaron es vuesa merced! Yo siempre pido á Dios que nos perdone á todos.

FALS. La señora Vado; vamos, la señora Vado.

DUEÑA. Hé aquí, pues, en breves palabras el *tantum* de la cuestion. La habeis puesto en un estado de impaciencia, que es un portento. Cuando estuvo la córte aquí en Windsor, el más galan de los cortesanos no logró traerla á tal estado de impaciencia. Y hubo, sin embargo, entre ellos muchos nobles, y lores, y galanes, y señorones, con sus carrozas, os aseguro, y carroza tras carroza, carta tras carta, regalo tras regalo, tan dulcemente perfumados, echaban un olor á algalia, y con un crugido de sedas y brocados, os aseguro, ¡y hablaban en términos tan *alegantes!* y la enviaban vinos y dulces de lo mejor y más caro, capaces de ablandar el corazon de una santa; y os aseguro que no pudieron conseguir que les echara ni una sola mirada. Esta misma mañana me han regalado veinte ángeles; pero yo me río de cuantos ángeles hay en el cielo cuando no van con buen fin, como dicen; y os aseguro que nunca pudieron conseguir de ella que probase ni un sorbo siquiera, ni aun con el más orgulloso de ellos; y sin embargo, puedo aseguraros que hubo entre ellos algunos condes, y lo que es más, algunos guardias de corps; pero os aseguro que para ella todo era uno.

FALS. Pero, ¿qué dice de mí? Abreviemos, mi buena Mercurio hembra.

DUEÑA. Pues ha recibido vuestra carta, por la

cual os da mil gracias; y os manda decir que su esposo estará fuera de casa entre diez y once.

FALS. ¿Diez y once?

DUEÑA. Sí, por cierto; y entónces, dice, podeis ir á ver el cuadro aquel que vos sabeis. El señor Vado, su marido, estará ausente. ¡Ay! ¡si vierais qué vida tan perra le da á la pobre! ¡Es más celoso! Todas son riñas y peloterías para esa bendita de Dios.

FALS. Diez y once. Dueña, ofrécela mis respetos; no faltaré.

DUEÑA. Muy bien dicho. Pero traigo otro recado para vuesamerced. La señora Paje tambien os manda saludar muy de corazon; y podeis creerme á ojos cerrados que no hay en todo Windsor esposa más virtuosa y modesta que ella, sea quien fuere la otra. ¡Qué habia de faltar ella ningun día á misa por la mañana, y á la salve por la noche! Tambien me encargó que os dijera que raras veces sale de casa su marido; pero que espera que algun día... No vi nunca á una mujer tan loca por un hombre como lo está ella por vuesamerced. A fe mía, voy pensando que neis algun hechizo, picaron; sí, á fe.

FALS. No tal, te lo juro. Como no sea la magia de mi gallarda presencia, no sé de otro alguno.

DUEÑA. ¡Dios os bendiga por eso!

FALS. Pero dime, te ruego: ¿se han confesado mutuamente la mujer de Paje y la de Vado la pasion que me tienen?

DUEÑA. ¡Eso sí que fuera gracioso! No las tengo yo por tan lerdas. ¡Vaya una treta, á fe mía! Pero la señora Paje os manda rogar, por lo que más estimais en el mundo, que le enviéis vuestro pajecillo; su marido le tiene un cariño enorme; y por cierto que el señor Paje es un hombre de bien. No hay otra mujer en Windsor que lleve tan buena vida como ella: haga lo que

quiera, diga lo que quiera, acuéstese ó levántese á la hora que le diere gana, siempre está bien; pues si hay una mujer amable y de buen corazon en Windsor, es ella. Debeis enviarla vuestro paje; no hay remedio.

FALS. Así lo hare.

DUEÑA. Sí, pero enviado de veras; y, ya comprenderéis, podrá servir de *intrépete* entre los dos: y tened en todo caso una señal para que os podais entender sin que lo entienda el rapaz; porque no está bien que los niños se enteren de nada malo; la gente madura, ya me entiendo vuesamerced, tiene discrecion, como dicen, y sabe lo que es el mundo.

FALS. Dios te guarde; encomiéndame á las dos. Ahí va mi bolsa: aún te quedo deudor. Rapaz, acompaña á esa mujer. (Váase la Dueña y Robín.) ¡Esta noticia me llena de alboroz!

PIST. Buen correo de amor es esta chocha. Cázala á todo trapo, y zafarrancho; ¡Fuego! la presa es mía, ó de otra suerte Engulla el mar á todos! (Vase.)

FALS. ¡Lo ves, anciano don Juan, lo ves? ¡Adelante con la trama! Tendré tu viejo talante en más estimacion que hasta ahora. ¿Te miran de soslayo todavía? ¡Despues de derrochar tanto dinero, vas á recoger algo ahora, eh? Te doy las gracias, garbo mio. Digan, si quieren, que lo hago groseramente; pero no importa, como sea con gracia.

Sale BARDOLF.

BARD. Don Juan, abajo hay un tal Arroyo que quisiera hablar con vos y conoceros, y os envia esta botella de Canarias.

FALS. ¡Conque Arroyo, eh?

BARD. Sí, señor.

FALS. Que pase. (Véase *Bardolf*.) Son de mi gusto los arroyos como éste, que manan tales líquidos. ¡Ah! ¡Ah! ¡Conque señoras Vado y Paje, os he enganchado á las dos? ¡Victoria! ¡ánimo!

Vuelve á salir BARDOLF conduciendo á VADO disfrazado.

VADO. Dios os guarde, señor.

FALS. Y á vos, hidalgo. ¿Quereis hablarme?

VADO. Me he atrevido á acercarme á vuesamerced, así con llaneza y sin cumplidos.

FALS. Seáis muy bien venido. ¿Qué deseáis? Déjanos mozo. (Véase *Bardolf*.)

VADO. Soy un gentilhombre que ha gastado mucho dinero, y me llamo Arroyo.

FALS. Buen hidalgo Arroyo, deseo conoceros más á fondo.

VADO. Querido don Juan, yo os suplico que me otorgueis un lugar en vuestra amistad. No vengo á echaros carga alguna sobre los hombros, pues debo manifestaros que me creo hallar en mejores condiciones que vos para prestar; lo cual me dió la osadía hasta cierto punto de introducirme de esta manera un poco inoportuna, pues suelen decir que cuando se lleva de delantero al dinero todas las vias son llanas.

FALS. El dinero es buen soldado; siempre se abre camino.

VADO. Cierto, y traigo aquí un talego de dinero que me pesa. Si quereis ayudarme á llevarlo, don Juan, tomad la mitad de él, ó todo, por aliviarme de esta pesadumbre.

FALS. Hidalgo, no sé cómo puedo merecer la honra de ser vuestro mozo de carga.

VADO. Yo os lo diré, caballero, si quereis prestarme oído.

FALS. Hablad, señor Arroyo; tendré mucho gusto en ser criado vuestro.

VADO. Caballero, he sabido que sois erudito (seré muy breve, caballero) y hace ya tiempo que os conozco, aunque no tuve nunca ocasión, si bien deseo, de trabar amistad con vos. Os voy á informar de un asunto en que me será forzoso publicar con frecuencia mi propia debilidad; pero, mi querido don Juan, á medida que vayais pasando revista á mis locuras, según os las irá manifestando, echad también una mirada sobre el registro de las vuestras, á fin de que pueda librarne más fácilmente de vuestra censura, pues vos mismo sabéis cuán fácil es incurrir en tales faltas.

FALS. Muy bien, hidalgo, proseguid.

VADO. Vive en esta ciudad una dama, cuyo marido se llama Vado.

FALS. Bien, hidalgo.

VADO. Há tiempo que la adoro, y os aseguro que he gastado mucho con ella; la he tratado con el más respetuoso cariño; he discurrido mil pretextos para acercarme á ella; he acechado, á costa de mil afanes, las más ligeras ocasiones que me hayan podido proporcionar, siquiera momentáneamente, el gusto de verla; no sólo la he comprado muchos regalos, sino que he dado grandes cantidades á otras personas con el solo objeto de saber qué era lo que ella deseaba que le regalase. En suma, la he perseguido con el mismo ardor que á mí me ha perseguido el amor, es decir, en alas de todas las ocasiones. Pero por grandes que hayan sido los méritos que he hecho, ya por mi pasión, ya por los medios empleados, lo cierto es que hasta ahora no he logrado premio alguno; á no ser que deba considerar la experiencia como una joya adquirida á costa de muchos sudores y

dinero; y de ella he aprendido esta moraleja:

«Huye cual sombra amor de quien le sigue;

Y al que le esquiva con afán persigue.»

FALS. ¿Y no os ha dado la más leve esperanza de que lograríais algún día su favor?

VADO. Nunca.

FALS. ¿La habeis importunado con tal objeto?

VADO. Nunca.

FALS. ¿Qué clase de amor era entonces el vuestro?

VADO. Como una casa hermosa edificada en tierra ajena; de suerte que he perdido mi edificio, por haberme equivocado de solar.

FALS. ¿Y con qué fin venis á contarme á mi todo esto?

VADO. En contestándoos á esta pregunta os lo habré dicho todo. Dicen algunos que si bien aparenta ser esquiva conmigo, con otros suele soltar la rienda á su jovialidad, y en tal manera, que da lugar á interpretaciones malévolas. En esto, pues, se encierra, señor don Juan, el grano de mi súplica. Sois caballero de esmerada educación, de trato amenisimo, muy relacionado, respetado por vuestro rango y vuestras dotes personales, y de todos elogiado por las muchas y excelentes prendas que os adornan como soldado, cortesano y erudito.

FALS. ¡Oh, hidalgo!

VADO. No me lo neguéis, pues os consta. Aquí tenéis dinero; gastadlo, tiradlo; si quereis más, más, todo cuanto poseo; lo único que os pido es que en pago de ello me deis aquella parte de vuestro tiempo que habeis menester para poner cerco amoroso á la virtud de la mujer de Vado. Echad mano de vuestras artes de persuasión; tratad de ganar su buena voluntad; pues si es posible que álguien lo consiga, nádie podrá hacerlo tan pronto como vos.

FALS. ¡Pero le podrá convenir á la vehemencia

de vuestro afecto que logre yo lo que vos deseais con tanto anhelo? Se me antoja que el remedio que os prescribis es muy disparatado.

VADO. Oh, fijaos bien en el blanco de mis aspiraciones. Está tan encastillada en la fortaleza de su honor, que el arrebató de mi pasión no osa afrontarla; relumbra demasiado para que yo me atreva á mirarla. Ahora bien, si yo pudiese acercarme á ella llevando en mi auxilio cualquier descubrimiento de esa naturaleza, mis deseos hallarian pruebas y argumentos en que apoyarse; y entonces fuera fácil desalojarla de la trinchera de su pureza, su reputación, su voto conyugal, y otros mil reparos que hoy me ofrecen insuperable resistencia. ¿Qué contestais á eso, don Juan?

FALS. Señor Arroyo, ante todo me atreveré á disponer de vuestro dinero; luego dadme esa mano; y por último, os juro á fé de caballero que gozareis, si gustais, de la mujer de Vado.

VADO. ¡Oh, mi buen amigo!

FALS. Os digo que la gozareis.

VADO. No reparéis en el dinero, don Juan, que no os faltará.

FALS. No os afijais ya más por la señora Vado, hidalgo Arroyo, que no os faltará. Tengo una cita con ella (bien os lo puedo decir) que me ha dado ella misma. Un instante antes de entrar vos á verme, se separó de mí su asistenta, ó medianera. Os digo que me veré con ella entre diez y once; porque á esa hora precisamente estará ausente el pícaro bellaco celoso de su marido. Venid á verme luego á la noche, y sabreis el éxito de la entrevista.

VADO. Vuestra amistad será para mí una bendición. ¡Conoceis por dicha á Vado, caballero?

FALS. ¡Mala landre le pudra á ese pobre diablo de cornudo! No, señor, no le conozco. No obs-

tante, le hago agravio con llamarle pobre; pues dicen que ese pícaro celoso con cuernos tiene el oro á montones, por lo cual me parece muy guapa su mujer. Yo la usaré como si fuera la llave del arca de aquel bribon cornudo, y allí tendré yo mi agosto.

VADO. Quisiera, hidalgo, que conociérais á Vado para esquivarle, si acaso tropezárais con él.

FALS. ¡Mala peste en él, vil plebeyo mantecoso! Me encararé con él hasta sacarle de su juicio; le infundiré respeto con mi porra; colgará como un meteoro encima de sus cuernos. Si, amigo Arroyo, ya verás cómo logro dominar á ese patán, y tú te acostarás con su mujer. Ven á verme luego á la noche. Vado es un cabron, y yo le voy á dejar aún más acoquinado. Tú, amigo Arroyo, le conocerás por bellaco y cornudo. Ven pronto á verme por la noche. (Vase.)

VADO. ¡Qué maldito pícaro epicureo éste! Mi corazon está á punto de reventar de pura rabia. ¡Quién me dirá ahora que son infundados mis celos? Mi mujer le ha dado una cita; la hora está fijada; todo está ya arreglado. ¡Mirad qué infierno trae consigo una mujer falsa! Profanarán mi lecho, saquearán mis cofres, minarán mi reputacion; y no basta sufrir estos ultrajes; he de aguantar además que me insulte con los dicterios más aborrecibles el mismo que me hace este ultraje. ¡Y qué dicterios! ¡qué palabritas! Amaimon suena bien; Lucifer, bien; Barbason, bien; y no obstante son nombres de demonios, apodos de energúmenos. Pero ¡cornudo! ¡cabron! ¡cornudo! Ni al mismo diablo le ponen tal nombre. Paje es un asno, un asno cabezudo: confía en su mujer; no sabe lo que son celos. Antes que farme de mi mujer á solas, flara mi manteca á un flamenco; mi queso al pastor Hugo, el galés; mi frasco de

aguardiente á un irlandés, ó mi capon andador á un ladron para que me lo paseara. ¡Malditas mujeres! Luego traman mil enredos, luego cavilan, luego discurren, y cuando les dice su alma que son capaces de ejecutar una cosa, la ejecutan aunque les cueste perder el alma. ¡Bendito sea Dios que me dió este genio! Las once es la hora convenida. Lo voy á estorbar; voy á arrancarle la máscara á mi mujer, vengarme de Falstaff y reirme de Paje. Manos á la obra; más vale llegar tres horas ántes, que un minuto despues. ¡Oh, horror! ¡horror! ¡cabron! ¡cornudo! (Vase.)

ESCENA III.

Una pradera cerca de Windsor.

Salen CAIUS y JUAN RUGBY.

CAIUS. ¡Juanito Rugby!

JUAN. ¡Señor!

CAIUS. ¡Qué hora, Juan?

JUAN. Ya pasó de la hora en que el pastor Hugo prometió acudir á la cita.

CAIUS. *Pardieu!* él ha salvado su alma con no haber venido; ha estudiado bien su Biblia con no haber venido. *Pardieu!* Juan, es muerto ya si ha venido.

JUAN. Es prudente, señor; ya sabia él que vuesa-merced le mataría si viniese.

CAIUS. *Pardieu!* el arenque no es tan escabechado como *moi* escabecharle. Toma tu espada, Juan; yo te haré ver cómo le mataré.

JUAN. ¡Ay señor! si no sé usarla.

CAIUS. ¡Oh villanía! ¡Tomar tu espada!

JUAN. Teneos, aquí viene gente.

Salen el POSADERO, POCOFONDO, DELGADO y PAJE.

POSA. ¡Dios te guarde, doctor Roldán!

POCOF. ¡Servidor, señor doctor Caius!

PAJE. ¡Buenos días, mi buen doctor!

CAIUS. ¡A qué venir vosotros, uno, dos, tres, cuatro?

POSA. A verte batallar, á verte esgrimir, á verte dar un pase ¡huy! á verte aquí, á verte allí; á verte dar esa estocada, ese tajo, ese revés, tu parada, tu montante. ¡Ha muerto, etiope mío? ¡Ha muerto, Bernardo mío? ¡Hola, valenton! ¡Qué me dice mi Esculapio, mi Galeno, mi médula de saúco? ¡Ha muerto, di, guapo mío, ha muerto?

CAIUS. *Pardieu!* que es el más cobarde cura *du monde*; él no enseñar su cara.

POSA. ¡Tú eres don Urinal, rey de Castilla; el mismísimo Héctor de Grecia, por mi vida!

CAIUS. Suplico, señores, sed testigos de que le hemos esperado seis ó siete horas, dos, tres horas, y no venir.

POCOF. Es el más prudente de los dos, señor doctor: él debe curar las almas, vos curais los cuerpos; fuera renegar de vuestras profesiones si os metierais á reñir. ¿No es verdad, señor Paje?

PAJE. Señor Pocofondo, vos mismo fuisteis allá en vuestros tiempos hombre muy pendenciero; bien que ahora sois juez de paz.

POCOF. Por las llagas de Cristo, señor Paje, aunque viejo y juez de paz, cuando veo una espada desenvainada ya me pican los dedos por dar un quite. Por más que seamos jueces, médicos y eclesiásticos, señor Paje, aún nos queda en el cuerpo un poco de fuego juvenil; somos hijos de mujer, señor Paje.

PAJE. Es verdad, señor Pocofondo.

POCOF. Ya lo verán algún día, señor Paje. Señor doctor Caius, he venido con objeto de llevaros á vuestra casa. Yo soy juez de paz: os habeis portado como médico prudente, y el pastor Hugo se ha portado como paciente eclesiástico. Es forzoso que os vengais conmigo, señor doctor.

POSA. *Pardon*, señor justicia.—Una palabra, mo-siú Escudriñaorines.

CAIUS. ¿Escudriñaorines? ¿Qué es eso?

POSA. Escudriñaorines en nuestro idioma inglés significa valor, valenton.

CAIUS. Pues entónces yo tengo escudriñaorines como el inglés. ¡Miserable cura roñoso! *Pardieu!* le cortaré las orejas.

POSA. Te circunvarará de firme, tremendon.

CAIUS. ¿Circunvarar? ¿Qué es eso?

POSA. Eso quiere decir que te dará todo género de satisfacciones.

CAIUS. *Pardieu!* yo espero que circunvarará; pues, *pardieu!* yo lo exijo.

POSA. Yo le incitaré á ello, ó se las tendrá que ver conmigo.

CAIUS. Yo daros gracias por eso.

POSA. Y además, guapeton mío... pero ante todo, señor huésped, y vos señor Paje, y lo mismísimo á vos os digo, caballero Delgado, dirigió todos por la poblacion á Frogmore.

(Les habla en voz baja.)

PAJE. ¿El pastor Hugo está allí? no.

POSA. Allí está. Mirad de qué humor se halla, y me llevaré allí al doctor campo traviesa. ¿Os parece bien?

POCOF. Así se hará.

Todos. Adios, querido doctor.

(Vanse Paje, Pocofondo y Delgado.)

CAIUS. *Pardieu!* vamos á matar al cura, pues él habla á Ana Paje en favor de un mequetrefe.

POSA. Mátele un rayo. Envaina tu inquietud, échale agua fría á tu coraje, y vente conmigo por esos campos hácia Frogmore. Yo te llevaré adonde esté Ana Paje festejando en un cortijo, y la harás el amor. ¿Dí en el hito? ¿dije bien?

CAIUS. *Ma foi*, daros gracias por eso, *pardieu!* yo os quiero mucho; y yo os *procurer les bons* huéspedes, los caballeros, los condes, los grandes, mis pacientes.

POSA. Por lo cual yo seré tu adversario con la Ana Paje. ¿Dije bien?

CAIUS. *Pardieu, c'est bien dit*, bien dicho.

POSA. Caminemos, pues.

CAIUS. Sigue mis huellas, Juan Rugby. (Váase.)
